

OLA NOCTURNA, por *Chela Reyes*

Bajo los auspicios del PEN. Club de Chile ha sido publicada, en una simpática edición, muy bien impresa, la última producción poética de Chela Reyes, elemento que acentúa cada día su personalidad en la lírica y letras de nuestro país.

En su libro de poesías «Ola Nocturna» nos habla de su inquietud interior como presa de un sopor místico, una especie de éxtasis que persiste a través de toda la obra. Por eso, sus versos parecen expresados en un lenguaje metafórico que mueve personajes que fluyen sonambulesca y dulcemente desde las profundidades de su rico manantial creador.

Nótase sí, en algunas modalidades de su técnica versificadora, incluso en las imágenes, la vaga o fuerte influencia de ese gran talento nerudiano, hijo de sus propias obras, vertiente fecunda e ininterrumpida que corre caudalosamente por los campos de la poesía hispanoamericana. Tal vez esa actitud consciente o inconsciente de su estro poético, no sea otra cosa, otro impulso que el anhelo de liberarse de las fórmulas superadas y manidas de un empalagoso romanticismo o de las exageraciones a que conduce a veces el implacable imperativo de la consonancia.

Nos gustó especialmente el poema «Casa de Oro»:

«Echa a rodar sus pinos soñolientos  
hacia el vago cristal azul marino  
y una risa desnuda le mantiene  
sobre la loma en un vuelo tendido».

El verso es flúido, la imagen definida y muy bien coordinada, arraigada vigorosamente a la inspiración original.

En los poemas a «Un héroe yacente en el mar» y «Eco» está tal vez la mayor influencia nerudiana, inconfundible y, en una fusión tan evidente, puede haber un handicap negativo

muy notorio para nuestra autora, de persistir en su obra futura esta actitud.

Todo lo dicho no resta, sin embargo, mérito a «Ola Nocturna», cuya lectura nos proporcionó momentos de intenso alborozo espiritual.—E. S. N.



DISCURSOS UNIVERSITARIOS, por *Enrique Molina*. Editorial  
Nascimento. Santiago, 1945

Los discursos académicos, en conjunto, como género literario, son correctos y fríos. El afán de ecuanimidad suele matar lo espontáneo, ahuyenta el dato menudo, pero palpitante. Yo he respetado siempre profundamente tales discursos, pero he solido aburrirme oyéndolos y no los leo cuando se publican.

Sin embargo, he hecho una excepción con los «Discursos Universitarios», de don Enrique Molina. Los he leído, y no me pesa. Se trata de uno de los libros más interesantes que he podido saborear en estos últimos tiempos. Es que en él, prescindiendo de otros valores y yendo al esencial, seguido paso a paso, desde su nacimiento hasta hoy, la vida de la Universidad de Concepción. El libro encierra, pues, una gran hazaña, contada por el caudillo máximo de la misma.

«Los diez primeros años» es la materia del primer discurso pronunciado en 1929. Nos adentramos en él. El estilo es decoroso, limpio, pero no tiene nada de marmóreo o grandilocuente. Por tanto, vemos como ocurrieron las cosas, con una sencillez que las hace, precisamente, maravillosas. En Concepción existía desde el siglo pasado, una Escuela de Derecho. En la ciudad, basándose en tal Escuela, existía la aspiración difusa a conseguir otras. En 1917, se renovaron las gestiones ante el Presidente de la República. Se organizó un Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico. Dos años después, «el Comité se convenció de que el